



1903: el Atlético —o Athletic— de Bilbao es ya campeón de España. Siete bigotes y algunas gorras de «jockey» que acentuaban el aire deportivo: era la moda. Para vestirse así, entonces, era necesario poseer cierto espíritu intrépido. De izquierda a derecha, de pie: Goiri, Cockran, Auroleaga, Acha, Silva y Arana; sentados cómodamente en sillas: Sota, Montejo, Astorquia, Caxeaux y Evans.

DE LOS FUTBOLISTAS CON BIGOTE *alas* nuevas tácticas

POR JACINTO MIQUELARENA



Ricardo Zamora o el ídolo-símbolo de una larga época deportiva: el mejor portero del mundo siempre.

EN los albores del siglo, se hacía un deporte de bigote. La vida entera era «de bigote». Y aun de barba. Tristán Bernard, por ejemplo, con su tremenda cabeza de Teseo, era aficionado al pugilismo y solía disparar también tiros de revólver en el velódromo del Parque de los Príncipes de París, con su chistera puesta, para empujar a la batalla a grupos de ciclistas. Envuelta en su desorden capilar, la vieja guardia bohemia resistía en las últimas trincheras de los cafetones, y juraba, aproximadamente, que la ducha reblandecía el soneto. Un ingenio de aquellos días, al que se forzó a una excursión por el campo cuando ya había cumplido los cincuenta años, regresó del viaje —un breve periplo dominical— con nuevos argumentos de indignación contra el aire libre, frutos de su experiencia. Y se murió repitiendo sus famosas palabras: —¡Qué asco! Es un sitio donde los pollos se pasean crudos.

La aparición de los primeros automóviles sirvió para que los más audaces —los «sportmen»— disfrutaran de una mayor cantidad de pelos todavía. Las barbas se les prolongaban en los abrigos de piel caprina. Nace en aquellos días, seguramente, el «está como una cebra», aunque algunos autores aseguren que la frase se refiere más bien, en términos comparativos, a las alegres e inexplicables acrobacias de este rumiante cuando desafía el abismo.

Es Inglaterra la nación que se adelanta en deportes, con su tradición de golf, de tenis, de hipismo, de boxeo —en principio con los puños desnudos— y de cricket. Y funda una nueva caballería: la del que sabe ganar sin arrogancias y perder con señorío. Todavía en Inglaterra se dice que un hombre, o una cosa, es o no «cricket», es decir, es o no noble y tiene una finura y una elegancia extremas o no las tiene. Muchos, en la vida, pueden ser «gen-



Para muestra de los «pioneros» que llevaban las porterías tenemos a este madridista: José Berrondo



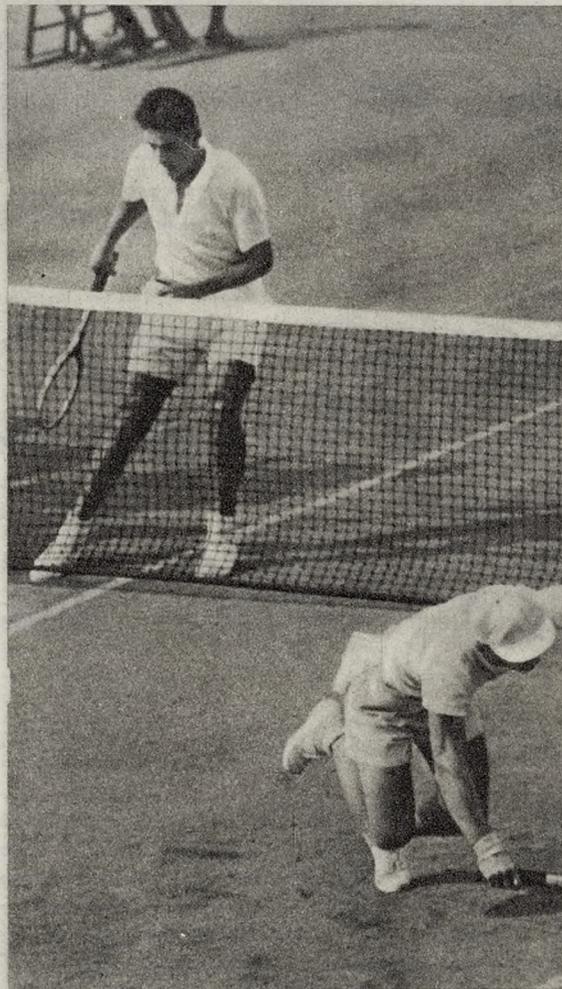
El equipo del Barcelona, C. de F., que en 1910 quedó campeón de España: El portero Solá; Paco Bru (con bigote, a la derecha del portero); Gamper (al lado de Paco Bru), fundador del histórico club; Quirante, Forns, Peris, Wallace, los hermanos Comamala...



El Racing de Irún (1914), que, al fusionarse con el Sporting de la misma localidad, dió nacimiento al famoso Real Unión. En primera fila, con el balón, Patricio Arabolaza, el del grito de Amberes: «¡A mí, que los arrollo!» En segunda fila, de paisano y con otro balón, Caruncho, hoy jefe superior de Policía de Bilbao.



Supervivientes de los tiempos heroicos del R. Madrid, en un encuentro jugado en 1924. De pie: Iruretagoyena, López Quesada, A. Bernabeu, Saura, Aparici, Castell, Espinosa y S. Bernabeu. Delante: Calzado, Alcaraz, Rocamora y de la Serna.



El deporte en los países hispanoamericanos ha dado figuras como Pancho González, una de las mejores raquetas del mundo, si no la mejor. Al fondo de la «foto».



tlemen»; pocos pueden ser «cricket». Inglaterra es también el primer país que regresa a Roma —que se afeita— de vuelta del Medioevo y, por por último, del Romanticismo.

No nos hemos resistido tanto los españoles como los franceses. Todavía en el primer cuarto de siglo, Jean Giraudoux tuvo que escribir sus máximas de sport, contra la estática burguesía francesa. He aquí uno de sus fustazos: «Hay gentes tan vanidosas que no harían el viaje de París a Versalles en un vagón de segunda clase y que se trasladan, sin embargo, en un cuerpo de tercera, desde la cuna hasta la tumba.»

En principio, es una cuestión de finura. «Los deportes —escribió Boigey— abren el espíritu a un nuevo reino de la sensibilidad.»

* * *

Nuestro fútbol, como el de sus maestros, los británicos, empezó por ser una querrela de forzudos. Se alineaban gigantes, con preferencia en la zaga. Lo corpulento y un buen bigote, de traza calabresa a ser posible, fundaban la técnica. Los partidos consistían en una serie de abordajes. El delantero centro —se descubrió entonces que el delantero centro es «el ariete» del ataque— debía penetrar en la formación enemiga adelantándose a sus coraceros e imitar la carga de Richthofen. Hasta los cojos del equipo seguían la galopada, como en Esparta según Valerio Máximo, «pues su propósito era pelear y no escaparse». Cuando la penetración por avalancha fracasaba, porque enfrente «sacudían a modo» como se decía entonces, el delantero centro, a la desesperada, clamaba por «el pase de la muerte», que terminaba con frecuencia en una caída de rana, en descalabraduras y esponjas. Creo que fué el irunés Patricio, de pies planos, de palmípedo, y sin embargo veloces, el último jugador español que cultivó, hasta bien entrado el siglo, esta arrogancia «in extremis». Era, más o menos, una forma de suicidio, por la gloria del pueblo.

El equipo Vizcaya, formado por jugadores vizcaínos... e ingleses seleccionados del Athletic y del Bilbao —ya entonces había seleccionadores, aunque lo frecuente era querer ser abanderado en las estudiantinas—, fué el primer campeón de España, como consecuencia de un torneo que se disputó en Madrid durante las fiestas de la coronación de Alfonso XIII. Los Acha, los Careaga, los Arana, los Evans, los Astorquia, los Silva... Muchos de ellos han traspasado el velo del misterio. A otros, todavía los encuentro de vez en cuando por el mundo. Y se ríen.

* * *

En la novela «Don Adolfo, el Libertino», que para mi suerte todavía anda por el mundo, tan fresca, se dice de aquellos días: «El fútbol entraba por las campas de Bilbao y de Vigo y por los solares de Barcelona; por los puertos en los que desembarcaban de ordinario tripulaciones rubias. Pero todavía las crónicas de los partidos estaban recomendadas a los cronistas sociales, que publicaban una relación de las señoritas «que habían puesto una nota de distinción» en la refriega y otras «que sentimos no recordar».

* * *

Más tarde, el fútbol fué haciéndose inteligente y se echó por los caminos de una adecuada preparación física y de un cultivo de la destreza. Para algunos, se hizo «científico», adorable memez muy reiterada durante largos años. No creo que haya ciencia alguna en el proceso de metodizar un esfuerzo y de distribuirlo entre once hombres, para que el equipo, como conjunto, llegue con «fuelle» al final de los noventa minutos de lucha y sea en todo momento eficaz; no hay otra cosa que sentido común. El hecho se produjo a través del profesionalismo, que empezó por donde empiezan siempre estas cosas en la mayoría de las disciplinas: por el «aficionadismo» hipócrita. Los jugadores quieren durar más, sin que este deseo, tan natural, nos auto-

El Atlético de Bilbao fué siempre escuela de internacionales. He aquí el cuadro campeón de España en 1933, con titulares y reservas. De pie: Birichinaga (masajista), Muguerza (*), Aguirrezabala II —o Chirri II (*), Uribe, Blasco (*), Gorostiza (*), Izpizua, Lafuente (*), Unamuno, Petreñas, Garizurieta (*), e Iraragorri (*); sentados: Careaga, Urquizu (*), Castellanos, Roberto (*), Saurto (*), Cilaurren (*) y Felipés. Total, once internacionales.

rice a llamarles «abstemios del ímpetu». Y los clubs, igualmente, aspiran a que «el material» les dure. Pero a los nostálgicos del «hacha de sílex» del fútbol español, hay que decirles, de una vez, algo muy importante. La famosa «furia española», que nació en los Juegos Olímpicos de Amberes, en 1920, y murió en la misma ciudad belga a la temprana edad de quince días, más o menos, fué una invención de Manuel de Castro, que firmaba «Handicap» —había que firmar en inglés, en aquellos días— y quería ser más patriótico que la tía de Eça de Queiroz, a pesar del seudónimo. Una excelente persona y un buen amigo, por otra parte. Sólo un número muy limitado de equipos europeos concurren a aquellos Juegos, y no estaban desde luego los mejores. Checoslovaquia presentó el conjunto de mayores posibilidades, pero se retiró como protesta de una decisión arbitral. Venció Bélgica con un juego elemental, que ha conservado, tenazmente, hasta nuestros días. La mayoría de los jugadores españoles se dedicó a hacer vida de rondalla y alguna que otra barrabasada por las calles de Amberes, como era costumbre en las expediciones deportivas de entonces, y a sentirse estupefacta cuando alcanzó el segundo puesto, a pesar de su «pasado inmediato» y de los gritos de guerra y de la simulación de fiereza, que tanto les había divertido en sus batallas. Como «Handicap», buenos chicos, ellos también...

* * *

De la vida del fútbol español, hoy, sé bastante menos. Cuando se discute de tácticas por álgebra, cuando los padres de familia con hijos, y hasta con nietos, se infectan de W y de M hasta dramatizarse el domingo —y el lunes—, y cuando toda la semana —hasta los jueves— es Corea para uno de estos «mordidos», yo me guardo del temporal.

Pero todavía puedo decir que no hay sistemas o tácticas para jugar al fútbol; que no hay «escuelas superiores de guerra» para batir al enemigo en los Waterloo rectangulares; que no hay geometría de pizarra y tiza. No hay sino maneras de jugar, por disposición temperamental y preparación física. Hasta los escoceses —Ronda— y los ingleses —Triana— juegan ya casi lo mismo: sencillamente, como pueden. Más de lo que han discutido acerca de tácticas estos dos «países» del Reino Unido, sobre el ferropusado de los hechos diferenciales futbolísticos, no ha discutido nadie. Y ahí están, Escocia e Inglaterra, los más viejos «eternos rivales» en la historia del «redondo», con igual número de victorias y de derrotas, aproximadamente, después de setenta y ocho años de batallas. Y de charlatanismo.

* * *

Hay, sin embargo, una verdad. El fútbol de hoy es cien veces mejor —aunque no sea tan divertido— que el de «la furia española». Más de cien hombres cubren con frecuencia el recorrido de la Marathon y ningún «soldado» cae muerto en la meta. Los trapezistas y barristas de principios de siglo —los Adonis «al barroco»—, mantenían una vaga sospecha de que sólo podrían pasar a la posteridad por medio de la fotografía, inflamándose los bíceps. Paddock —vencedor de los cien metros, en Amberes precisamente— es hoy la tortuga más veloz de aquellos días.

Este verano, una multitud de nadadores ha atravesado el Canal de la Mancha «en regata».

Y los cronistas deportivos, con frecuencia, saben escribir. Y en ocasiones, saben escribir bastante bien. Como Jean Giraudoux, mientras vivía; como Henri de Montherland —«Los once en la puerta dorada»— y como ese genial Bernard Darwin, redactor de golf del «Times», con el más fino idioma en la pluma, a quien el «Times» le encarga los editoriales exquisitos, para júbilo de sus lectores. Hace cincuenta años, en el tiempo de los pelotaris en camiseta a rayas horizontales, escribía Peña y Goñi; hoy, escribe Juan de Irigoyen. Ese salto se ha dado...

Hoy por hoy, algunos países hispanoamericanos se encuentran en la cima del fútbol, sin rivales posibles. Uruguay ha sido varias veces campeón olímpico y campeón del mundo. Campeón del mundo es en la actualidad, como vencedor de la gran justa que tuvo por escenario los campos del Brasil, en este año. Este es el equipo uruguayo que alcanzó el título, después de vencer a sus oponentes, salvo a España, con la que empató a un tanto en São Paulo.



El equipo del Real Madrid que ganó en Mestalla, en 1936, el encuentro final del Campeonato de España, cuando Zamora remató su vida de portero. De pie, Emilín, Zamora, Ciriaco, Lecue, Paco Bru, Sañudo, L. Regueiro y Bonet; delante, Eugenio, Quincoces, Sauto y P. Regueiro.



Polisportivo —el ciclismo a motor—, Oscar Leblanc, gran campeón ciclista madrileño, más tarde campeón de carreras en moto.



La española Lili Alvarez —tenista magistral en las canchas internacionales—, aparece en la «foto» con la campeona Susana Lengien.

